

24 de Sept. 1978

# BOLETIN



## Educación y Cultura

El acontecimiento cultural de estos días es el retorno a clase de cuatro millones trescientos mil niños y adolescentes. Es la cuarta parte del país, esa que asegurará su futuro enfrentando el desafío que la vertiginosa transformación y modernización del país viene formulando. A estos niños y muchachos corresponderá buena parte de la edificación de la nueva cultura venezolana por lo cual pienso que no hay otro suceso que supere en importancia este ritual y repetido acontecimiento. Las sociedades no sólo resuelven todos los días su presente sino que también adivinan todos los días su futuro: instituyen los legatarios de su cultura actual y los preparan para las circunstancias por venir, muchas previsibles y otras soñables. Es la cadena de la vida.

El empeño educativo puesto en práctica durante los últimos treinta años por Venezuela es sencillamente prodigioso y no tiene comparación salvo con Cuba dentro del contexto latinoamericano, sus logros no han estado a la altura ni de los proyectos ni de las inversiones efectuadas. Su desarrollo ha sido vertiginoso, lo que implica resolver directamente sobre la marcha los ingentes problemas que genera, pero la frustración del esfuerzo cumplido es evidente y lo han proclamado una y otra vez los pedagogos responsables, alarmados por las circunstancias en que desarrollaban su trabajo. Una respuesta a esta voz de alerta ha sido la elaboración de planes sustitutivos, la implantación de soluciones de emergencia y los constantes cambios, no imputables exclusivamente a proyectos sino a la escasa continuidad del aparato estatal que no ha concedido suficiente tiempo para que se asentaran las reformas y se vieran sus frutos.

Cuando se le reprochó a una famosa educadora chilena que, llegada al Ministerio, no hubiera puesto en práctica los planes de reforma por los que había bregado, contestó señalando lo que todos sabemos: no hay Ministro nuevo a quien no tiene el deseo de pasar a la historia como autor de una reforma o incluso de una revolución educativa, pero las tales reformas o revoluciones no superan frecuentemente el nivel declaratorio periodístico. No pueden elevar mínima efectividad porque carecen del aparato adiestrado que pueda realizarlas y además porque justamente lo desafienden en sus aspectos concretos y reales. Se trata de un pesado instrumento compuesto por los niveles de los alumnos, la disposición de locales y de útiles, el equipo docente y el administrativo, las condiciones de trabajo, etc., cuyos problemas inmediatos son desatendidos por los murfícos planes de papel. A esta cultura el país agradece a la autoridad que se limite a decir: pretendo



mejorar el funcionamiento de la educación. No más.

Dentro de los instrumentos necesarios para eso hay una clave: el educador. Sin él nada positivo es posible. Los ensueños mecanizadores de quienes han pretendido sustituirlo, se han visto vanos: el educador sigue ocupando el puesto central. El es el transmisor de la cultura de un país, él es el formador de la ciudadanía, él es quien debe actualizar incesantemente los conocimientos y es la suya una tarea difícil y delicada que sólo puede cumplirse rodeada de respeto. Que existan malos educadores no hace sino subrayar la majestad y gravedad de un magisterio que no en vano se ha aditivado de sagrado.

Formar buenos educadores, estimular su constante superación, proporcionarles las condiciones educadas para su mejor rendimiento, velar por ellos, está entre las primeras obligaciones de una sociedad que se piensa a sí misma en términos de futuro. Pero cuando algo decir que un educador del nivel secundario es obligado a dictar cuarenta horas semanales de clase (las cuales, por las tareas previas de preparación y posteriores de atención educativa, tienden a duplicarse) pienso que se está dañando seriamente el esfuerzo pedagógico y se está esterilizando el empeño del equipo docente, propiciando al mismo tiempo el fraude y la mediocritización cultural.

Como la educadora chilena, desconfío del sarampión reformista de las autoridades y creo más en la atención de

los problemas concretos e inmediatos de la función educativa. Más aún en un país como Venezuela cuya acelerada evolución ha volcado en las aulas mayorías de alumnos procedentes de hogares ineducados y donde los educadores no sólo deben asegurar la transmisión de conocimientos indispensables sino que ellos mismos deben atender a su constante puesta al día para estar a la altura de los tiempos. Pensar que se puede cumplir seriamente esa función cuando se les exige ocho horas diarias de dictado de clases a grupos no inferiores a los cincuenta alumnos, es absolutamente grotesco. Y comprendo (aunque no lo apruebe) el comportamiento de aquel profesor con ochocientos alumnos que me confesaba que se limitaba a aprobar a aquellos que presentaban tareas escritas, aún sin leerlas. En muchos países de nuestra propia y pobre América Latina ya se ha establecido que ningún educador puede dictar más de veinte horas de clase y sería indispensable que ello fuera acompañado de retribuciones que permitieran una dedicación exclusiva a ese trabajo.

No ignoro la alta inversión que se necesitaría para un régimen que redujera drásticamente el número de horas de clase y el número de alumnos por grupo. Pero en ese catálogo de prioridades do que tanto oímos hablar, ¿la educación masiva no debería ocupar uno de los primeros puestos? En la actualidad el país está consagrado a pre-

parar una perfeccionada élite técnica (a la tarea de las universidades se ha sumado un ambicioso plan de becas en el exterior) pero quizás no resulte ocioso recordar que las batallas nunca las ganan exclusivamente los generales, que ellos necesitan de bien adiestrados miembros de todo el escalafón militar y, desde luego, de una tropa bien entrenada, para que puedan cumplir las funciones para las que han sido capacitados. Visto latinoamericano arralgado se piensa siempre en términos de profesionales (la tesonera ambición de un hijo "doctor") con desde los miles de componentes que, en los más variados niveles de capacitación, exigen las operaciones de una sociedad. Es parte de la péstima conformación aristocratizante de nuestras presuntas democracias a las que no hizo mella el decreto de Carlos III sobre los oficios "viles" y cuyo arraigado individualismo les impide ver que la eficacia depende de la conjunción de voluntades y de la tarea de equipos a los que debe prepararse con esmero en todo sus niveles.

El acelerado fomento de una élite técnica modernamente dotada es beneficioso, no hay duda, pero tampoco hay duda de que ella sola nada podrá hacer. Los resultados serán magros y reiteraremos una conocida frustración, si no acompañamos ese esfuerzo de otro paralelo para una eficaz, amplia y sistemática educación masiva, de la cual dependerá el progreso del país. Oigo mucha publicidad acerca de los requerimientos para 1980 de técnicos petroleros. Pero si me atengo a las conclusiones de informes sobre las necesidades del país, la mayor demanda que se verá en los años futuros es la de educadores. Siendo actualmente insuficiente su número deberá duplicarse en un tiempo récord.

Me parece difícil que se puedan colmar esas expectativas y que se obtenga la concurrencia de jóvenes a Facultades e Institutos pedagógicos en el número requerido, si les seguimos ofreciendo condiciones de trabajo inaceptables, inhumanas, infructuosas. No es eficaz, amén de no ser justo, que contemos sólo con el sacrificio de los vocacionales, ni es positivo que los pongamos en situaciones que irastren su generoso esfuerzo y dificulten el avance cultural del país.

Para conseguir los educadores que necesita el país es imprescindible dignificar su profesión, dotándola de un estatuto similar al de los profesores universitarios. Sólo así los educadores podrán cumplir a conciencia sus tareas y podremos exigirles rendimientos realmente superiores a aquellos que hoy obtenemos. Es la cultura de Venezuela la que está en juego, su destino como nación.